

MÚSICA Y LITERATURA

Arnoldo Mora Rodríguez

Solemos entender por *arte* una experiencia existencial en que intervienen tres elementos: lo real o contenido, los sentidos o contacto subjetivo e inmediato con lo real y la imaginación o reacción creadora del sujeto frente al contacto con lo real. Todo eso lo expresamos con una sola palabra *sensibilidad*. Por eso la división de las “bellas artes” se basa según sean los sentidos que nos dan una experiencia estética específica. Así, hablamos de *artes musculares* (tacto), como la danza o la gimnástica; *visuales* (vista), como las artes plásticas; y *artes auditivas* (oído), como la música, la retórica y la narración literaria; o una mezcla de todas ellas, como las artes del espectáculo. La construcción de lo real se basa en la ubicación de los objetos en el *espacio* (vista) y el *tiempo* (oído) y su disfrute o placer en la *sensibilidad*, de donde proviene la experiencia estética que da origen al *arte*.

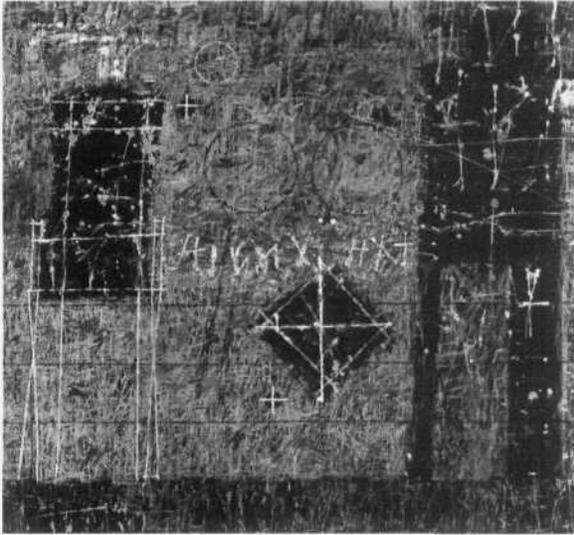
La *música* es el arte del oído por excelencia. Siendo el oído el primer sentido que experimenta el ser humano (sexto mes de embarazo) y el último que pierde el moribundo, la música constituye una de las experiencias existenciales más profundas del ser humano y elemento constitutivo fundamental de la configuración de nuestra personalidad, tanto individual (formación de nuestro *yo*) como de la identidad cultural de los pueblos o colectividades. De ahí los usos o aplicaciones de la música para fines terapéuticos o para fines ideológico-políticos. En todo ello se busca el “efecto catártico” típico del goce musical. Quienes primero lo buscaron en forma sistemática han sido las religiones.

Vista y *oído* se suelen considerar como “los sentidos superiores o nobles” del ser humano. De hecho, las dos fuentes o raíces histórico-culturales de donde proviene la civilización occidental, hoy hegemónica, son la Grecia clásica (cultura de la vista, del espacio y creadora de la racionalidad lógico-matemática) y el pueblo judío o pueblo de la Biblia (pueblo del oído: a Dios no se le ve sino que se le oye, Dios no es imagen o ídolo sino palabra, y sus mensajeros son “profetas”, es decir, quienes *hablan* en nombre de Dios). Grecia crea la

ciencia y racionalidad occidentales y el pueblo de la Biblia crea la ética basada en la dignidad de la persona como valor absoluto. Los filósofos hablan de los valores absolutos o “predicamentos”: la *verdad* y el *bien*, y de lo *bello* como unión de ambos y del disfrute que de ello proviene. Pero en ambas culturas, lo que caracteriza al ser humano es la *palabra* (*logos* entre los griegos). El *hombre es un animal capaz de hablar*, es decir, de construir mundos o universos gracias a la palabra o discurso a través del cual explica y domina lo que le rodea, pero sobre todo, crea objetos culturales mediante los cuales da un sentido a su propia existencia. Por eso el origen de la literatura y el de la música es el mismo: la palabra, como sonido o fonema. La literatura, como la música, no se hicieron originalmente para ser vistas, sino para ser oídas. Si el origen de la música es el canto o uso de la voz humana como instrumento musical natural y espontáneo, el origen de la literatura es la narración.

La tradición oral es lo que da identidad cultural y política a las comunidades. Uno de los grandes aportes de la actual narrativa iberoamericana es la reivindicación de la narración o lenguaje oral como lugar natural de la literatura. El ligamen de la literatura con la música es más antiguo, pues sin ir muy lejos, los modernistas definían a la poesía como “aquello que de música tienen las palabras”. La poesía no tiene como finalidad decir algo, como pretendían los románticos, quienes subordinaban el arte a la construcción de la historia, sino recrear la experiencia sonora de la palabra bajo todos sus aspectos. Así, la célebre *Marcha triunfal* de Rubén Darío, imitando a los *Salmos de peregrinación* de la Biblia, imita el ritmo marcial o paso acompasado de un grupo disciplinado por un camino.

Los modernistas se inspiraron en los parnasianos o “poetas malditos” franceses de finales del siglo XX (Verlaine, Rimbaud, Baudelaire...) para quienes la música y no la literatura era el arte por excelencia. Ellos mismos se consideraban músicos frustrados. Con su arte pretendían hacer música no frente a un pentagrama, sino escribiendo palabras, es decir, haciendo poemas. Para ellos, la palabra sólo se convertía en arte bello, es decir, en literatura —sobre todo en poesía—, si se acercaba a la experiencia musical.



Manuel Quintana Castillo (Venezuela)

Estas ideas se inspiran en las concepciones filosóficas del maestro que amamantó las ideas estéticas de Richard Wagner, el filósofo iniciador de la segunda fase del romanticismo, Arturo Schopenhauer, quien ve en la música no sólo el arte perfecto, sino la única vía de acceso que tiene el ser humano al Absoluto, pues la música sola es la que nos revela la esencia metafísica del existir como voluntad ciega de vivir y la vida como incesante devenir. La música es así considerada como el arte por excelencia del devenir temporal, del fluir de las cosas de que hablaba el viejo Heráclito. Allí está la clave del enigma de la vida humana, pues la esencia de la existencia es el tiempo o eterno devenir.

Estas ideas influenciaron por igual a las artes del espacio, las plásticas. En efecto, por esos mismos años (primeras décadas de la segunda mitad del siglo XIX) el impresionismo rompe también con el romanticismo, que ve en la poesía el arte por excelencia. El impresionismo define que la esencia de lo real es el tiempo e introduce con el filósofo Kierkegaard el concepto de *instante* o plenitud absoluta de la finitud o contingencia que caracteriza al humano existir. Para los pintores impresionistas, el instante de plenitud define el evento o acontecimiento único e irrepitable que, unido al color y a la luz, nos dan el “matiz” (“*nuance*” en francés), cuya “impresión” es el objeto de la experiencia estética que caracteriza a las artes plásticas. Por eso los pintores impresionistas hacen su oficio recurriendo a la pintura de caballete al aire libre, usando sobre todo los colores primarios para lograr captar así ese instante único e irrepitable que sólo el arte puede fijar para la eternidad. Sólo de esta forma se da sentido *absoluto* a la existencia y se deja una huella indeleble de nuestro paso por los escarpados senderos de la vida.

La música es considerada como el arte por excelencia del devenir temporal, del fluir de las cosas de que hablaba el viejo Heráclito.

Eso mismo, ni más ni menos, pretendía Richard Wagner con su *Tristán e Isolda*, pero introduciendo de nuevo la idea griega de tragedia, no ya como horror sino como plenitud del gozo que, al sobrepasar los límites de la finitud de la existencia humana, desemboca en la muerte de los amantes. La vida, gracias al amor, los lleva a la plenitud del gozo, pero la muerte los inmortaliza mediante el arte. Tal es el sentido último de esta obra musical que lleva a sus límites el romanticismo y con ello nos pone en los umbrales del arte contemporáneo, al introducir el cromatismo como única forma de hacer del instante pleno el sentido último del humano existir. Todo el impresionismo musical posterior —paradójicamente cultivado en Francia y más tardíamente en Italia y España y no en los países germánicos—, estará obsesionado por el cromatismo, como lo muestra la ópera “Pelléas y Melisanda” de Claude Debussy, entre otras obras maestras de finales del siglo XIX e inicios del XX.

Los ejemplos podrían multiplicarse al infinito y a lo largo y ancho de toda la historia de las bellas artes. Así, la división en sílabas largas y cortas de la poesía latina busca imprimir ritmo a la narración poética. En el canto litúrgico de las iglesias cristianas, texto y música están íntimamente ligados. La música se subordina al texto por ser considerado éste como “divinamente inspirado”. Por otro lado, se suele decir que en la tradición musical italiana el instrumento imita a la voz humana, pero que en la tradición germánica el caso es al revés. Repito, los ejemplos del ligamen entre literatura y música podrían multiplicarse al infinito. Pero el objeto de esta reflexión no es ese, sino tan sólo abrir una de las puertas que nos conducen al recinto del alma humana y a desentrañar los meandros de la identidad cultural de nuestros pueblos, amantes y cultores, tanto en la vida cotidiana como en las bellas artes, de aquello que una vez en la riberas del Mar Mediterráneo, dos pueblos, Grecia e Israel, definieron como lo más característico del ser humano: *la palabra*. ■

Arnoldo Mora. Filósofo costarricense, profesor e investigador del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional – UNA en Heredia, Costa Rica. Es autor de importantes obras en el campo de la filosofía y de la cultura universal. Fue Ministro de Cultura y Deportes de Costa Rica.